

## LECCION XLIII.

*Homeopatía.—Samuel Hahneman.—Su biografía.—Su escepticismo.—Origen de la homeopatía.—La experimentación pura.—Del similia similibus.—Negación de la nosología.—Su terapéutica.—Su materia médica.—La primera curación.—Persecuciones de Hahneman.—Su residencia en París.—Su muerte.—La atenuación homeopática.—Declaraciones de Rapon.—La Isopatía.*

### SEÑORES :

Muchas veces me habeis preguntado si á pesar de la escasez del tiempo que nos resta para concluir el curso, destinaria alguna leccion á la historia de la homeopatía. Esto lo hacíais muchos de vosotros para saber mi opinion acerca de si el sistema hahnemaniano puede ser estudiado como una cosa seria, ó si merece solamente los honores del desprecio. En verdad, que me habeis de esta suerte colocado en una pendiente bien resbaladiza, pues me haceis luchar entre el deseo de gastar las dos únicas lecciones que nos restan en asuntos que mas lógicamente nos atañen, y el de desvanecer esa sospecha de parcialidad para con la homeopatía. No, no creais que el que se ha ocupado con formalidad de las doctrinas cabalísticas, que el que no ha desdeñado tratar de las exageraciones del dogmatismo y del metodismo, tome á la homeopatía por el lado del ridículo, como se han empeñado en hacerlo algunos críticos, seguros de que de esta suerte abrian una herida incurable en el corazon de este sistema. Yo estoy convencido de lo contrario: yo creo que este género de ataques no son de buena ley, y hasta creo que si la homeopatía ha podido en nuestros tiempos echar algunas

raíces tenuísimas, se debe á un resultado contraproducente de este género de impugnaciones. Al fin y al cabo, en el bando homeopático militan algunos hombres, aunque pocos, de verdadero mérito, hombres que de buen grado veríamos emplear sus fuerzas en obra de mas provecho, y aunque no fuese mas que por el respeto que la buena fé de unos y la ilustracion de otros deben inspirarme, yo me guardaria muy bien de ridiculizar estas creencias: amigo acérrimo de la discusion, deseo que se me convenza con buenas razones si profeso el error, y considero insultante á mi propia personalidad cuanto tiende á hacer burla de mis opiniones. Aplicando la moral cristiana á los homeópatas, ya podreis deducir que, aunque enemigo irreconciliable de la homeopatía, no la he de impugnar con armas volterianas.

Mas, que dlgo? yo olvidaba que no debo desempeñar aquí el papel de crítico; que mi mision es esponer los hechos y que si alguna vez me ha de ser tolerado ejercer la crítica en torno de ellos es preciso que, para no apartarme de mi cometido, me mantenga muy sóbrio en esta parte. Siento, pues, tener que dejar defraudadas vuestras esperanzas: no vais á oír á un adepto ni á un antagonista de la homeopatía; vais únicamente á escuchar el eco fiel de la historia de un sistema, escento de la intervencion del espíritu crítico.

Ninguno de vosotros ignora que el fundador de la homeopatía fué *Samuel Hahneman*.

*Samuel Cristian Federico Hahneman*, nació en Meisen (Sajonia) el dia 10 de abril de 1755. Segun su biógrafo, Leon Simon, dió desde su infancia pruebas de un espíritu grave, estudioso y observador, de modo que su maestro le confió el cargo de repetidor. Concluidos los estudios de segunda enseñanza, pasó á Leipsik en 1775, para empezar la carrera de medicina. Como su familia vivia en la escasez, para mantenerse durante sus estudios, tuvo que apelar al medio de procurarse recursos traduciendo al aleman obras inglesas y francesas, en cuya tarea

empleaba gran parte de las horas destinadas al descanso para no perjudicar á sus estudios. Despues fué á continuarlos en Viena, pero agotados los medios de subsistencia, y atraido por la proteccion del magistrado Juan Guarin, que le ofreció autorizacion para visitar á los enfermos del hospital de los monges, pasó á Leopoldstad, hasta que poco tiempo despues el gobernador de Transilvania le ofreció la plaza de bibliotecario en Hermannstadt, que Hahneman aceptó, pues le proporcionaba una mayor clientela y mas facilidad para instruirse. Cansado, no obstante, de ejercer la profesion bajo un protectorado movedizo, en 1779 se graduó Doctor en Erlagen, despues de lo cual, en Gommern casó con la hija de un farmacéutico, y fijó su residencia en esta poblacion, para dedicarse á la química y á la mineralogia, publicando entónces en Leipsik un opúsculo sobre el *envenenamiento por el arsénico*. En 1787 dejó á Gommern y fué á Dresde, en donde halló una buena proteccion y una numerosa clientela y trabó íntima amistad con el consejero áulico Adelung, quien le confió el cuidado de los hospitales durante una larga enfermedad que este sufrió. Desde entónces, el nombre de Hahneman fué cada dia mas conocido por sus escritos y por su práctica; mas, á pesar de tan lisonjera acogida, nuestro autor determinó renunciar al ejercicio de la profesion, persuadido de que la medicina no tiene recursos hábiles para combatir las enfermedades. Poseido de vivos remordimientos por el tiempo que habia ejercido, prefiere procurarse honrosamente el sustento mediante el recurso de las traducciones, que emplearse en visitar enfermos. Cae, pues, Hahneman, en un absoluto escepticismo, á pesar de que no tenia motivos para estar descontento de su práctica. Sumido en la escasez de medios de vida, Hahneman vé ponerse enfermos de gravedad á sus hijos, algunos de los cuales sucumben.

Exacérbase con esta desgracia su escepticismo, pero luego se reacciona y esclama: «Será posible que la Providencia haya abandonado al hombre, á su criatura, sin recurso alguno con-

tra la multitud de enfermedades que incesantemente le asedian? No, no es posible, continúa. Hay un Dios que es la bondad, que es la misma sabiduría; debe por lo tanto haber algún medio creado por Dios para curar las enfermedades con certeza; debe existir algún medio que no se oculte en las abstracciones sin fin y en las hipótesis creadas por la fantasía.» Este fué, según Leon Simon, el origen de la homeopatía. Hahneman dice que el motivo de no haberse encontrado este remedio, á pesar de los muchos siglos que tiene de historia la medicina, consiste en que está demasiado cerca de nosotros y es demasiado fácil de hallar. Animado de la seguridad de encontrar este remedio, el médico de Meissen se propuso observar como obran los medicamentos en el hombre sano, pues dice que las mutaciones que en este aquellos produzcan, serán el indicio de sus virtudes terapéuticas. De ahí el origen de la *experimentacion pura*, que es uno de los fundamentos de la doctrina homeopática. Pero no creais que el reformador se dedicase, como era de suponer, con especial denuedo á esta experimentacion, probando en sí mismo ó en otras personas la accion de los medicamentos, sino que, traduciendo la materia médica de Cullen, vé que hay quien explica la accion febrífuga de la quina, porque en el hombre sano es capaz de desplegar un aparato febril, y con esto cree que se halla ya en camino de la demostracion de la verdad. Toma entonces y hace tomar á otras personas considerables cantidades de quina, y observa, en efecto, que la fiebre se enciende en todos (como era de suponer, dado que la quina es un irritante de las vias digestivas) y con este esperimento y con otros análogos que repite con algunas otras substancias medicamentosas, se cree asegurado ya en la posesion del criterio homeopático: en su vista exclama: *similia similibus curantur*; base fundamental, nominadora de la medicina hahnemaniana.

«Puesto que los medicamentos curan en virtud del poder de producir en el hombre sano fenómenos análogos á los sintomas de las enfermedades que combaten, es para mi evidente, dice

Hahneman, que es menester renunciar á todas las discusiones ontológicas sobre la enfermedad; que basta considerar cada enfermedad como un grupo de síntomas y sensaciones para destruirla sin resistencia, y que debemos mirar como un error y como entes imaginarios, á esas formas morbosas de las nosologías, esos retratos formados con fragmentos sueltos que llevan los nombres de pleuresia, pulmonía, anasarca, apoplejía hipocondria, histérico, etc., etc., tanto mas cuanto que cada enfermedad debe mirarse como un caso nuevo que no se ha presentado nunca, ni volverá á presentarse, ni en el mismo individuo ni en los demás. «La ciencia del diagnóstico queda, pues, reducida á la enumeracion de los síntomas, que presenta el enfermo: bien puede pues decirse que desde este momento no existe tal ciencia del diagnóstico; todo el trabajo del médico para conocer una enfermedad consiste en el análisis de los síntomas y de las condiciones en que estos se presentan. Es ociosa la síntesis nosológica en virtud de lo cual se llega á determinar la índole de la enfermedad y su asiento.

Como era nueva la terapéutica de Hahneman, quiso tambien que fuese nueva la materia médica. Al efecto ordenó que los médicos no fiasen á nadie la preparacion de los medicamentos, sino que los preparasen por sí mismos, con lo cual quedaba borrada de las instituciones sociales la profesion farmacéutica. Las leyes alemanas prohibieron, sin embargo, á Hahneman, que por sí mismo preparase los medicamentos, y esta prohibicion está vigente en nuestros códigos, siquiera los homeópatas, haciendo burla de ella, cometan una intrusion en cada visita.

La primera curacion que Hahneman, dice, realizó con su nueva medicina, fué la de un hombre que se habia vuelto loco á consecuencia de haber leído un epígrama de Koztinue. Algunos globulillos bastaron, segun afirma Leon Simon, para restituir la luz de la razon á ese desgraciado loco de Georgenthal. Desde Georgenthal pasó á Brunswik, á Keisinglater, á Hamburgo, á Edimburgo, á Torgan, y por fin, en 1611, esto es, despues de

diez años de divagar errante de un pueblo á otro, huyendo de las persecuciones que contra él por todas partes se levantaban fué á establecerse á Leipsick. En este tiempo dió á luz varias obras, figurando entre ellas un opúsculo «sobre los efectos del café» otro «sobre la medicina de la experiencia» y por último «el órgano del arte de curar ó sea la medicina racional.

Poco tiempo despues empezó á publicar su *Materia médica pura*, la cual no concluyó hasta 1821, un año despues de que, invitado por el duque Fernando, aceptò un destino en Aubalt-Koethen, en donde fué tan mal recibido, que tuvo que intervenir la autoridad para librarle de los insultos del pueblo, lo cual le determinò á encerrarse por espacio de quince años en su propia habitacion. En 1823 dió á luz la segunda edicion del «*Órgano*» y en 1828 un «*Tratado de las enfermedades crónicas.*» No es mi ánimo hacer el juicio crítico de estos libros, pues me veriais apartar de la vía de la exposicion histórica que voy siguiendo en esta relacion biográfica, pero no puedo prescindir de haceros notar las pocas condiciones clínicas de que debió hallarse rodeado Hahneman al escribirlos, toda vez que unos fueron concebidos durante el período de las persecuciones que le hicieron errar por varias poblaciones de Alemania, y otros en el seno del aislamiento á que se habia condenado en su casa. Poco, por lo demas, tendria que esforzarme, mostrándoos el contexto de esas obras, para probaros que en ellas no reinan mas que hipótesis y productos de la fantasía: me abstendré de hacerlo por no declinar en mis propósitos de imparcialidad histórica y os remitiré al tantas veces nombrado «*Exámen crítico de la Homeopatía*» del Dr. Mata para este estudio apreciativo.

Si la historia de la medicina no nos hubiese presentado un Thesalo de Tralles rodeado de una turba de admiradores y acosado por numerosos y riquísimos clientes, si no hubiésemos encontrado mas tarde un paracelso, un Turneyser, un Amwald, y si de nuestros tiempos no viésemos á un Raspail, á un Morison y á un Holloway apremiados por un sin número de enfermos

x *Rejante Clavins*

que á ellos acudian persuadidos de la eficacia de su medicina y si no supiésemos por ende lo que significa esa boga que el vulgo, y hasta algunos médicos, proporcionan á todas las innovaciones del arte de curar, seria preciso convenir en que Samuel Hahneman habia en efecto encontrado la verdadera medicina, gracias á la Divina inspiracion, pues su sistema levantó un partido no despreciable entre los médicos y entre los enfermos, de los que los hubo algunos literatos, y de gran fama, que acudieron á Koethen para ponerse á los cuidados de Hahneman.

La esposa de Hahneman le habia dejado viudo en 1827, pero en 1835, esto es, á la edad de 79 años, contrajo segundas nupcias con una señorita francesa, que habia ido á Koethen para que Hahneman la curase. Este casamiento motivó el que Hahneman determinase ir á establecerse en Paris, mas al decir de su biógrafo tuvo que salir de Koethen durante la noche, pues las gentes de esta poblacion que le habian recibido á pedradas al entrar, querian despues apedrearle porque les abandonaba para ir á ejercer su profesion en otra ciudad.

Réciéronle en Paris sus discípulos y sus adeptos con muestras de entusiasmo, y ejerció en esta ciudad hasta 1843 en que murió.

Ya lo habeis visto, señores: la biografía de Samuel Hahneman me ha entretenido tanto como puede haberme ocupado la del mas célebre de los médicos. Esto lo he hecho con doble propósito, á saber: 1.º para que no se dijera por los homeópatas que miraba con desden á su idolo y 2.º para aprovechar el tiempo, pues habreis notado que á medida que hemos ido siguiendo los pasos de la vida de esta decantada celebridad de nuestro siglo, he tenido buen cuidado de ir exponiendo las ideas que concibió.

De este modo resulta que, llegado el caso de hacer la exposicion de los principios de la doctrina homeopática, podré ser muy conciso.

Ya no habia de haber vivido Hahneman á fines del siglo pa-

sado y á principios del presente, para no haber protestado que la filosofía de su sistema era la sensualista, y que su método era el baconiano. Lo qua faltó es que su doctrina estuviese siempre en consonancia con este principio. Sin embargo, consecuente con esta máxima filosófica, no admitió la existencia de una entidad vital, y se contentó con sentar que lo único que de la vida puede conocerse son los actos de la organizacion. Siempre guiado por el método empírico en punto á patología, dice «es posible concebir que cada una de las enfermedades suponga un cambio en lo íntimo del organismo humano. No obstante esta mutacion no puede deducirse sino de un modo obscuro y falaz de los síntomas de la enfermedad; nunca se podrá reconocer en toda su realidad y de una manera infalible.» De ahí la proscripcion de las espresiones nosológicas, declarada en uno de los pasajes que lleva citados.

La terapéutica de Hahneman es el reverso de la medalla de la de Galeno y de Fernel: para él, no solo los *contrarios no curan, sino que es preciso curar las enfermedades con remedios que produzcan síntomas semejantes á los que aquellas prestan.* Mas en esta misma parte vemos á ese fisiólogo que tanto blasonaba de positivismo, olvidar su máxima empírica, al convertirse en terapéutica: «como las enfermedades no son mas que alteraciones de un *principio vital inmaterial*, dice, deben ser combatidas por medio de fuerzas de idéntica naturaleza, esto es por la *virtud espiritual* de los medicamentos, desenvuelta por medio de la atenuacion homeopática.

La *atenuacion homeopática*: he aquí otro principio hahnemano que se funda en la suposicion de que la virtud dinámica de los medicamentos se despliega tanto mas enérgica cuanto mayor es su division ó atenuacion: asi Hahneman, asegura por ejemplo, que una sextillonésima de grano de carbonato de cal produce á lo menos 1090 síntomas, algunos de los que son tan estraños y vienen en tales condiciones que si vosotros los observaseis no os atreveriais á darles este nombre: «vértigo,

por la tarde, marchando al aire libre y paso vacilante, —vértigo marchando al aire libre (hasta despues de 26 dias.)—«Prurito en el glande, despues de haber orinado (al cabo de 28 dias de haber tomado el medicamento.)—«Viva exaltacion de los deseos venéreos, particularmente al andar, antes de mediodia (al cabo de 17 dias)»—«Vivo ardor en la estremidad del dedo gordo (al cabo de 21 dias.)» Diga cualquiera, despues de haber leído esta enumeracion de los síntomas que provoca el carbonato calizo, tantos dias despues del momento de su administracion, si en esa experimentacion pura se han podido descontar las mil influencias exteriores de que se ha hallado rodeado el individuo, capaces por sí solas para determinar deseos eróticos, vértigos y vacilaciones en la marcha, y por lo tanto, si no es ilusoria esa série de síntomas que los homeópatas dicen que los medicamentos provocan cuando se toman debidamente atenuados?

No creais, sin embargo, que desde Hahneman la homeopatía se haya conservado cual una doctrina sólida y pura entre los homeópatas: en los cincuenta años que cuenta de existencia ha sido ya objeto de numerosos cismas: asi es que *Rapou*, que es el historiador de la homeopatía dice que, siquiera sea positiva la ley de los semejantes, ella no constituye la ley general de la terapéutica, pues tambien se puede curar con los contrarios: «la enantiopatía cura tan frecuentemente como la homeopatía.» El gran principio de la homeopatía es la especificidad.—(Nunca Hahneman nos habia hablado de ella.) «La dinamicacion no existe, ó por lo menos se ha exagerado mucho su importancia. La dilucion no puede dar una eficacia medicinal á la mayor parte de las substancias que en el estado natural son inertes y que Hanneman ha colocado entre los remedios activos.—«Las dosis infinitesimales no tienen accion marcada; comunmente es preciso emplear las tinturas y los polvos y no pasar jamás de las tres ó cuatro primeras divisiones. Los medicamentos pueden sin inconveniente administrarse á tenor de las preparaciones farmacéuticas ordinarias y con ellos simultánea-

mente se pueden emplear las diferentes medicaciones alopáticas. —La clínica debe ser el principal manantial de las indicaciones y concurrir en una muy grande parte á la formacion de la *materia médica pura*. Esta última parte de la ciencia debe hacerse de nuevo; es necesario introducir una clasificacion anatómica y fisiológica de los síntomas. La teoría de la psora y sus pretendidas consecuencias son absolutamente falsas. Es posible y es preciso tratar de unir, combinar los procedimientos específicos con las antiguas indicaciones. Es conveniente volver al uso de las mixturas farmacéuticas.»

Me basta señores haberos relatado el juicio de uno de los discípulos mas distinguidos de Hahneman, para que, al par que dejo un rasgo histórico mas en este punto, quede, por abundamiento, legitimado mi retraimiento crítico, pues dada la escision que se ha apoderado del flamante sistema, podemos ya presentar un cuadro de la homeopatía pintado por los mismos homeópatas, que por cierto nada tiene de edificante.

Y que diré de la Isopatía, hija legítima y natural de la homeopatía, que unos homeópatas, con Hahneman, Rau, Thorer, Helbig y Muller, no han querido reconocer, al paso que otros, como Heriny, Staph, Kustin, Herman y Kammerer la han reputado como el último perfeccionamiento de la medicina de los semejantes?—La *isopatía*, de *isos* igual y *patos* enfermedad, se funda en el principio *æqualia æqualibus curantur*, lo que quiere decir que las enfermedades deben curarse con los idénticos. Lux, veterinario de Leipzig, fué quien inspirado por la homeopatía acertó en el sistema de la identidad, en vista de que la nieve vuelve á la vida á los hombres, afectados de asfíxia por congelacion.

Este idéntico existe naturalmente en las enfermedades contagiosas, en el virus que sirve para propagarlas: asi nada hay mas idéntico á la sífilis que el virus venéreo, ni á la viruela que el virus varioloso. Por lo tanto, la curacion de todas estas enfermedades contagiosas era sumamente fácil, toda vez que la

misma enfermedad produce el virus, que es su natural remedio. Al efecto, dinamizáronse los virus, y con el nombre de *humana* se administraron los excrementos humanos dinamizados: la picadura de una pulga se cura instantáneamente, dice Manec, administrándose el cuerpo del animal á la trigésima disolución; para cobibir una hemorragia, ó para disipar la plétora, basta oler la sangre dinamizada; y el virus de la sarna, el de la tiña, y el de la lepra bastan para curar estas afecciones, con tal de que se administren dinamizados. Esta es la doctrina *autopsó-rica*.

¿Cómo es posible dejar de reírse ante semejantes puerilidades?

## LECCION XLIV.

*Historia de la Medicina española en el periodo reformador.—*  
*Decadencia de las ciencias y de las letras en el siglo XVII.—*  
*Espíritu contencioso;—el Dr. Casalete y su discípulo Olmedilla.*  
*—Bravo de Sobremonte y Cabriada.—Estudios sobre el gar-*  
*rotillo.—Juan de Villarreal.—Juan Gallego de la Serna.—*  
*Pedro Garcia Carrero.—Honorato Pomar.—Ponce Santa-*  
*Cruz.—Miguel Heredia.—Julian Rodriguez.—Alfonso Li-*  
*mon.—Cipriano Maroja.—Juan de Vega.—Siglo XVIII.—*  
*Causas de nuestro atraso.—Trascendencia de los sistemas.—*  
*Rodriguez.—Andrés Piquer.—Arnau.—Proteccion de la*  
*Medicina por Felipe V.—El teatro crítico de Feijoo.—Mar-*  
*tin Martínez.—Fernandez Navarrete.—Gaspar Casal.—Al-*  
*sinet.—Torres.—Capdevila.—Franseri.—Luzuriaga.—Bio-*  
*grafia de algunos médicos catalanes.—Masdevall.—Salvá y*  
*Campillo.—Bonells.—Virgili.*

### SEÑORES :

Aprovechando el último dia de clase, y teniendo en cuenta que me ha de ser de todo punto imposible trazar, ni aun á grandes rasgos, la historia del siglo décimonono, que deberia formar segun nuestra cuenta, el período histórico que, con el Dr. Mata, hemos denominado *anárquico*, dedicaré la presente leccion á completar rápidamente la *historia de la medicina española*, en lo que se refiere á los siglos XVII y XVIII.

Bien que, como dice Morejon, las buenas semillas esparcidas en los reinados de los reyes Católicos Carlos I y Felipe II todavía produjeron ópimos y abundantes frutos por espacio de mas de cincuenta años, pasado este medio siglo y principalmente

despues de la muerte de Felipe IV, las ciencias todas, y particularmente la medicina, cayeron en un estado de lastimoso abandono, que á penas se puede comprender despues de dias de tanta gloria. Las sutilezas galénicas y aristotélicas vinieron á suplir al gusto hipocrático; á la sencillez y pureza de lenguaje de Villalobos, Laguna, Valverde y Fragoso, vino á substituir la barbarie, el desaliño, el espíritu contencioso y los títulos pomposos y extravagantes de los libros que se publicaron en el siglo XVII. Como prueba de este espíritu de disputa, hallamos la contienda entre el Dr. *Casalete*, catedrático de Zaragoza y su discípulo *Olmedilla* sobre varias proposiciones sentadas por aquel respecto á las fiebres pútridas, y la proscripcion de la sangría en el tratamiento de las mismas; proposiciones que fueron unánimemente reprobadas por todas las Academias de España, gracias á las intrigas del ingrato discípulo. Lo propio podria decir sobre el empleo de la quina en el tratamiento de las intermitentes, impugnado por el médico de Sevilla *Bravo de Sobremonte* y defendido por el eminente médico Valencia *Cabriada*.

Sin embargo de lo dicho, no faltaron en el siglo XVII hombres eminentes que cultivaron con provecho la medicina y que se hicieron notables por sus descubrimientos: á ellos se debe el estudio detallado del *garrotillo*, que se distinguió de las anginas ulcerosas, gangrenosas y pestinenciales, gracias á los trabajos de *Mercado*, *Herrera Nuñez*, *Gomez de la Parra*, *Heredia* y sobre todo *Juan de Villarreal*, doctor de la Universidad de Alcalá, que hizo una acabada descripción del *croup verdadero* en una monografía, que es la primera que ha visto la luz sobre este asunto, por mas que esta gloria se haya atribuido, por unos al inglés *Home*, por otros *Chisi* de Cremona, y por otros á *Rossen* de Rosentein.

Otro médico español digno de mencion que floreció en este tiempo fué el malagueño *Juan Gallego de la Serna*, que, siendo médico de la reina de Francia Ana de Austria, se immortalizó por el acierto en el pronóstico feliz que hizo de una grave enfer-

medad de su augusta Señora, en oposicion á la opinion de los médicos de París. Publicó una obra sobre «*la educacion física, moral y política de los príncipes,*» y otra muy filosófica, sobre el «*verdadero método de curar recta y dogmáticamente.*»

Todo esto acontecia en el reinado de Felipe III y al propio tiempo se distinguian *Pedro Garcia Carrero*, médico navarro, por haber comentado á Galeno; el valenciano *Honorato Pomar*, catedrático de botánica en Madrid, que mereció el honor de que *Cabanilles* le dedicase una planta y *Antonio Ponce de Santa Cruz*, que comentó el libro de Hipócrates titulado de *morbo sacro* y escribió una notable obra contra el abuso de las sangrias y de los purgantes.

En tiempo de Felipe IV hubo muchos médicos escritores, entre los que hay que mencionar al ya citado *Pedro Brabo*, á *Gerónimo Huerta*, á *Juan Gutierrez de Godoy*, á *Cipriano Maroja*, á *Vicente Moles* y á *Enrique de Villacosta*, pero sus escritos pecan por esceso de sutilezas y de incorreccion de estilo. En esta época, sin embargo, floreció *Miguel de Heredia*, de quien dice Morejon que precedió á Sydenham en la práctica de hacer levantar á los enfermos efectados de ciertas calenturas, y en la proscripcion de los purgantes despues del uso de la quina y á Morton en la doctrina de los tubérculos y de la inflamacion del pulmon.

Tambien debe citarse á *Julian Rodriguez* por una magnífica descripcion que hizo de la inflamacion del estómago, y á *Alfonso Limon*, natural de Puerto Llano, por haber publicado la primera obra de hidrología médica con el título de «*Espejo cristallino de las aguas de España.*»

He nombrado ya á *Cipriano Maroja*, y ahora os llamo la atencion sobre este autor, pues, segun parece, fué el primero que, á un accidente fortuito, debió el descubrir las virtudes antisifilíticas del sublimado. En efecto, fué llamado para asistir á un hombre á quien su mujer habia tratado de envenenar con el bicloruro de mercurio, y la víctima, que estaba afectada de sifi-

x *L'isochato*

lis, salió, no solo bien librado del atentado homicida, sino que por él se vió curado del venéreo.

Por último, tengo que recordaros que á esta época pertenece el célebre esfigmologista *Solano de Luque* de quien me he ocupado detalladamente en una de las lecciones que preceden y que en este tiempo también un español *Juan de Vega*, médico del conde de Chinchon, arrancó al empirismo el prototipo de los específicos, la quina.

Terminaré la historia de la medicina española en el siglo XVII diciendo, que á los españoles se debe el haber importado la América en este tiempo el tabaco y el chocolate, y que por entonces se fundaron varios hospitales y sociedades médicas y humanitarias importantes. En 1605 el infante D. Alonso, hijo del rey D. Alonso, fundó en Roma el *hospital de Santiago y de San Ildefonso*, destinado á los españoles residentes en la Ciudad santa, y en 1603 Felipe III verificó la traslación del *hospital general de la Encarnación y San Roque* en la calle de Atocha de Madrid. En 1697 se fundó la célebre Sociedad de medicina de Sevilla, que tuvo que hacer frente á mil obstáculos opuestos por la malediscencia y la envidia. Del año 1627 data la instalación de la cofradía de las hermanas de caridad, que San Vicente de Paul inauguró en Francia, en la provincia de Brest, pero que desde luego se difundió por toda Europa.

En el siglo XVIII es, si cabe, aun más vergonzoso el cuadro de lamentable atraso que nos presentan las ciencias en España: en una época de universal movimiento, cuando todo se agita bajo el mágico influjo del libre exámen y de la filosofía experimental, solo España permanece retraída, ó mejor paralizada, en este progreso. Si fuésemos á investigar las causas de tal estado de cosas, no nos sería difícil demostrar que, prescindiendo de las de influjo secundario, como la numerosa emigración de los españoles á las posesiones americanas, las pestes, las epidemias y las guerras que vinieron á azotar á nuestro territorio, el más potente ariete del retroceso fué el santo tribunal de la Inquisi-

cion, que no se limitaba á reprimir las manifestaciones exteriores mas ó menos atrevidas del pensamiento, sino que con virulento encono perseguia á las ideas hasta lo íntimo de los pliegues de la conciencia. Diga pues lo que quiera Morejon en defensa de la vetusta institucion de los reyes católicos, preciso es convenir en que á ella se debió nuestro lastimoso atraso moral y social, que aun nos hace ruborizar delante de las otras naciones enropeas.

A decir verdad, no fué del todo inútil para la medicina española esa especie de aislamiento en que vino á colocarse durante el siglo XVIII, pues nuestros autores no dejándose arrastrar por el ímpetu de mil encontradas corrientes que entonces dominaron, pudieron madurar mas sus ideas y en consecuencia adelantar, aunque lentamente, con solidez y seguridad: el respeto á los sabios preceptos de nuestros antiguos y el exámen juicioso de todos los adelantos positivos antes de admitirlos ciegamente, constituye, como dice Morejon, el principal mérito de los profesores españoles de esta época.»

No faltaron, á pesar de lo dicho, médicos españoles afiliados á los sistemas que vieron la faz del mundo en el siglo que historiamos: así entre los yatro-mecánicos hay que contar á *Miguel Rodriguez*, médico de Felipe V.; á *Andrés Piquer*, el mas docto de este siglo, que lo abjuró en su vejez, á *Arnau*, de Valencia, que se esforzó en renovar el metodismo de Themison, y tampoco me seria difícil citar nombres de adeptos al yatro-quirquismo, al animismo de Stahl, al vitalismo de Bartz y al órgano-dinamismo de Hoffman y Cullen.

Móvil de proteccion para la medicina española fueron los médicos franceses *Michelet*, *Burcet*, *Higgins*, *Legendre*, *Beaumont*, *Lafrit*, *Kelli* y otros que vinieron con Felipe el animoso, cuando este nieto de Luis XIV vino á ocupar el trono de España, pues obtuvieron del monarca premios y condecoraciones hasta entonces nunca concedidos á los médicos españoles. Continuóse esta proteccion por los sucesores de Felipe V, creando cátedras,

dotando convenientemente á los profesores y premiando á los jóvenes estudiosos.

No es posible hablar de la historia de la medicina española en el pasado siglo, sin hacer mencion de un libro que tuvo el privilegio de estimular las plumas de muchos médicos en defensa de los principios de la ciencia y de la dignidad de la profesion, rudamente impugnados en aquel. Ya habreis adivinado que me refiero al *Teatro critico* de *Fr. Benito Gerónimo Feijoo*, de quien hice mèrito en una de las lecciones anteriores. Esta obra, notable por el fondo de filosofía y de erudicion que encierra, así como por las cualidades de estilo, contiene una severa impugnacion á la medicina, negándola las condiciones de ciencia de observacion y de raciocinio y un ataque violento al aforismo 52 del libro 2.º de Hipócrates, aforismo á que el autor dá el nombre de esterminador, pues, estableciéndose en él que cuando la indicacion sea evidente aunque el remedio parezca que daña debe continuarse su empleo, supone el autor que su aplicacion habia causado la muerte de mas de cien millones de hombres. El *Dr. Martin Martínez*, amigo íntimo y de distinguida consideracion del P. Feijoo, fué el primero en salir á la defensa de la medicina, combatiendo, como merecia, en el terreno de la urbanidad y de la conveniencia, al ilustrado monje. Siguiéronle inmediatamente en esta tarea *Pedro Acuenza*, *Francisco Ribera*, médicos de cámara, *Bernardo Araujo*, *Ignacio Garcia Ros* y *Narciso Bonamich*.

Acabo de citar al *Dr. Martin Martínez* y de él debo añadir que fué un hábil anatómico de Madrid, á quien debe esta villa la ereccion del anfiteatro analòmico y la ciencia un *tratado de anatomia*, que tengo el gusto de presentaros, en el cual hay que criticar algunos desvios poéticos, que no están bien en esta clase de tratados.

Y ya que he empezado á citar nombres de médicos españoles mencionaré al *Dr. D. Francisco Fernandez Navarrete*, ilustrado naturalista de Granada, que escribió un programa para rea-

lizar un tratado de la historia natural de España, á *Andrès Piquer*, notabilísimo por su *filosofía moral* y por sus escritos médicos, que merecieron los honores de la traducción en varios idiomas extranjeros, á *Gaspar Casal*, que, por haber publicado la topografía del principado de Asturias, mereció el sobrenombre de *Hipócrates español*, á *Alsinet*, que, por un procedimiento secreto supo quitar el amargor á la quina, conservándole sus propiedades febrífugas, á *José Ignacio de Torres*, que descubrió un medio, hoy día desconocido, para evitar el pialismo al administrar el mercurio, á *Antonio Capdevila*, médico ilustrado, que comunicó á Alberto de Haller las noticias sobre los médicos españoles que trae este en sus bibliotecas médica y quirúrgica, á *Antonio Franseri* que escribió observaciones muy exactas sobre la *corea* estudiando con acierto los períodos de esta afección y á *Ignacio Luzuriaga*, que publicó un tratado sobre el cólico comunmente llamado de *Madrid*, en el cual se establece un tratamiento adecuado para esta dolencia.

Muchísimos mas médicos distinguidos podria ir nombrando pertenecientes á este período de la historia de la medicina española, pero debo abstenerme de ello porque un sentimiento de amor provincial, que vosotros sentireis conmigo, me obliga á dedicar el resto de la lección de hoy á algunos médicos catalanes, que fueron gloria de nuestra patria y cuyos nombres son de todos vosotros demasiado conocidos, para que no conocierais mi omisión si dejara de tratar de ellos.

*José Masdevall*, natural de Figueras, estudió la medicina y se graduó de doctor en la Universidad de Cervera. Fué médico de cámara de Carlos III y de Carlos IV, inspector de epidemias del principado de Cataluña, y presidente de la Academia de medicina de Cartagena. Su celebridad se debió á los buenos servicios que prestó en varias epidemias y á la famosa *opíata* de su nombre, con la cual consiguió dominar casi instantáneamente una epidemia de fiebres pútridas que venia devastando á Cataluña desde 1764 á 1784. Todos sabeis que la sal amoníaca-

co, los agenos, el tartaro-emético y el ópio son los factores de esta célebre opiada, por la que su autor mereció que los autores de las efemérides de Roma le llamasen hiperbòlicamente el *Angel de la Piscina*. Masdevall escribió, por encargo del monarca una *Relacion de las calenturas pùtridas milagrosas del Principado de Cataluña*, que fué muy apreciada. Murió Masdevall en Trujillo, yendo á Badajoz con los reyes, en 1801.

D. *Francisco Salvá y Campillo*, nació en Barcelona el dia 12 de julio de 1751, siendo su padre médico del hospital de esta ciudad. Estudió gramática, retórica y filosofía en el colegio episcopal con singular lucimiento. Cursó tres años de medicina en Valencia, y aprovechò tanto, que en Huesca fué recibido bachiller despues de un exámen á claustro pleno. Obtuvo luego por oposicion una cátedra en la propia Facultad; en el mismo año fué á tomar el grado de Doctor en la Universidad de Tolosa y volvió á Huesca, á cuya Universidad incorporó su grado mediante otro exámen á claustro pleno. Vino luego á Barcelona, en donde, al par que se dedicó á la práctica, cultivó con ahinco el estudio, bebiendo en las obras mas notables de la Facultad. Fué uno de los primeros inoculadores de la vacuna en España, é intervino en la ruidosa disputa sobre la eficacia curativa de la *opiata de Masdevall*. En 1801, á propuesta de nuestra Academia de Medicina, fué nombrado catedrático de Clínica de esta Facultad, enseñanza que desempeñó con grande lucimiento, publicando en diferentes épocas tres años clínicos. Legó á la Academia de Medicina de Barcelona un fondo de 1400 libras catalanas con destino á los dos premios anuales que esta Corporacion ofrece á los autores de las mejores descripciones de una epidemia. Legó igualmente su numerosa y escogida biblioteca al real estudio clínico de Barcelona, é hizo otras muchas donaciones dedicadas al fomento de la instruccion. Murió el dia 13 de febrero de 1828, habiendo sido médico de cámara y habiendo disfrutado de otras muchas distinciones honoríficas. En elogio de él, dice el señor Diaz Valdés, obispo de Barcelona, que «si

no era el príncipe de los médicos, merecia bien ser el médico de los príncipes.»

**D. Jaime Bonells**, natural de Barcelona, á quien todos cono-  
ceis por su inmortal «*Curso completo de anatomía*», fué médico  
de los duques de Alba y sòcio de las Academias de medicina  
Barcelona, Madrid y París y de la de Ciencias naturales y artes  
de Barcelona. Sus escritos, además de la referida obra comun-  
mente conocida por *Anatomía de La-Caba*, que no sabria sa-  
ciarne de elogiar, son: un *Discurso inaugural sobre la utilidad  
y necesidad de las academias de medicina práctica*; una *Memoria  
sobre los perjuicios que acarrean al género humano y al Estado  
las madres que rehusan criar á sus hijos*, y una *Memoria sobre  
las causas de las frecuentes apoplegias y muertes repentinas que  
acaecen en Barcelona*.

**Antonio Gimbernat**, médico catalan, que fundó el Colegio de  
San Carlos de Madrid por órden del Rey Carlos III, en compa-  
ña del Dr. D. Mariano Ribas, fué á París, Lóndres, Edimburgo  
y Holanda, para enterarse del estado de la cirugía en estas ciu-  
dades. Hallándose en Inglaterra, dió á conocer la disposicion  
anatòmica, por él descubierta, del arco crural, y los detalles  
referentes á la expansion aponeurótica del ligamento que lleva  
su nombre, y apoyado en estas razones anatòmicas, practicó  
ante varios profesores, entre los que se hallaba el célebre Hun-  
ter, la operacion de la *quelotomia* por un procedimiento de su  
invencion, que fué recibido con tal entusiasmo, que presto fué  
universalmente aceptado. A Gimbernat debe además la cirugía  
la proscripcion del abuso de las suturas, el tratamiento de las  
úlceras de la córnea, un nuevo compresor del ojo para la ope-  
racion de la catarata, un nuevo método para la curacion radi-  
cal del hidrocele, y la compresion gradual y metòdica de la  
femoral para el tratamiento de los aneurismas de la poplítea.

**Pedro Virgili**: nació en Vilallonga, de unos pobres labradores,  
á cuyo oficio se dedicó en sus primeros años. Movido por un  
grande deseo de engrandecimiento, huyó de su casa y fué al

*Xilipicela*

hospital de Tarragona, en donde se distinguió por el esmero con que asistia á los enfermos. Pasó luego á los hospitales de Montpellier y de París, y admitido en las salas prácticas de anatomía, se dedicó con extraordinario celo y singular aprovechamiento á la diseccion, repitiendo, para procurarse cadáveres, algunos actos de la osadía de Vesalio. Vuelto á España, estuvo en el hospital de Tarragona y pasó luego al de Valencia. Estuvo durante la campaña de Gibraltar en Algeciras, llegó á Cádiz y siguió á la toma de Oran. De nuevo vuelto á España, salió con una escuadra con rumbo al Nuevo Mundo. En el hospital de Cádiz libró de una asfixia inminente á un soldado afectado de anginas, practicando la traqueotomía. Por sus talentos mereció que el Rey Fernando VI le diese un título de nobleza y le nombrase su médico, durante el desempeño de cuyo destino alcanzó del Monarca la fundacion del Colegio de Cirugía de Cádiz y luego la del de Barcelona, que es el edificio en que nos hallamos y en cuyo anfiteatro está el magnífico busto en mármol de nuestro esclarecido compatriota. Virgili murió el dia 11 de octubre de 1776.

Ya lo habeis visto, señores, por mas que me he esforzado, me ha sido imposible disponer de tiempo suficiente para bosquejar la historia del período contemporáneo, historia interesantísima, pero de la cual, no es dable todavía juzgar con entera independencia, pues del mismo modo que los efectos de perspectiva no se aprecian debidamente sino se mira desde alguna distancia el paisaje, así los hechos de la humanidad no se perciben en sus relaciones de conjunto cuando no media un espacio de tiempo entre ellos y el historiador.

Con todo, útil es hacer este estudio, siquiera sea empleado con extraordinaria moderacion la crítica; y al efecto os recomiendo que leais en el «*Exámen crítico de la Homeopafia*» del doctor D. Pedro Mata en la leccion VI desde la pág. 372 á la 390, en

donde encontrareis la historia de la filosofía y de las ciencias, y en la lección VII, desde la pág. 448 á 477, en donde hallareis la historia de la medicina y de los sistemas médicos.

Y con esto ha llegado el último día del curso y con él la ocasión de pasar balance de lo que durante seis meses hemos hecho todos. Yo por mi parte debo presentarme ante vosotros como deudor de un sin fin de delicadas consideraciones, de una atención sostenida y de mil pruebas irrefragables de cariño que nunca podré olvidar. Vosotros teniais derecho á esperar de vuestro profesor lecciones mas ilustradas, conocimientos mas precisos y una erudición mas amplia. Ya os desengañé desde el primer día; ya os dije que al improvisar la enseñanza de la historia de la medicina en esta Facultad, se improvisaba también el profesor. Os prometí en cambio redoblar mis fuerzas, agotar hasta el último minuto del tiempo en provecho de esta enseñanza... Os puedo asegurar que no he faltado á la promesa. Solo falta que con todos estos buenos deseos haya sabido colocarme á la altura que vosotros mereceis.

Por mi parte, aun cuando el curso que hoy termina no tuviese otras ventajas, le consideraria como un momento glorioso de mi vida por haber, durante el mismo tenido ocasión propicia de intimar amistades que me son carísimas, pues entre vosotros hay condiscípulos, á quienes he profesado siempre un afecto fraternal, compañeros de profesion, á quienes estoy habituado á respetar por su saber y por sus talentos desde mi adolescencia y distinguidísimos discípulos, que siempre me han merecido una elevada consideración por su aplicación y aprovechamiento.

FIN.



Con el ánimo de ofrecer al lector el cuadro completo de la *Historia de la Medicina*, que no pudo terminarse en el presente curso por carencia material de tiempo, transcribimos los pasajes mas importantes de las

LECCIONES VI Y VIII DEL EXÁMEN CRÍTICO DE LA HOMEOPATIA,

**DEL DR. D. PEDRO MATA.**

QUE HACEN REFERENCIA Á LA HISTORIA DEL SIGLO ACTUAL, Ó SEA AL PERÍODO QUE, CON ESTE MISMO AUTOR, HEMOS LLAMADO ANÁRQUICO.

---

«El siglo XIX tiene tambien su filosofía y es preciso que os hable de ella; pero os lo advierto desde luego, la filosofía del siglo actual puede ser mirada bajo dos aspectos: el uno es una continuacion de las escuelas del siglo XVIII, apenas hay diferencia entre las escuelas de este siglo y las del actual en cuanto á los principios respectivos por lo menos: en cuanto á la aceptacion de la cosa. El sensualismo y el escepticismo han decaido notablemente. El directorio y el imperio, que le sostuvieron no pueden ya darle apoyo, y la reaccion que sobrevino en 1815 ha dado un grande impulso al idealismo místico.»

«El otro aspecto del siglo XIX es nuevo, no tiene tan íntimos puntos de contacto con el siglo XVIII, no tiene con él mas relaciones que las que tiene todo sistema filosófico; puesto que por nuevo, por original que sea, siempre existe un gérmen en los sistemas anteriores.»

«Por lo mismo que la filosofía del siglo XIX, bajo el primer aspecto, difiere poco de la del siglo XVII, voy á ser sumamente breve sobre ella. Encontrareis las mismas escuelas, la sensualista, la esceptica, la idealista y la mística. A cada una de estas escuelas podeis aplicar los mismos principios que hemos esplanado ya, y distribuirles los nombres célebres de los filósofos contemporáneos.

«Sin embargo, faltariamos á la exactitud si no advirtiéramos una

diferencia muy grande respecto, ya que no al espíritu filosófico, del método y de las tendencias. En cuanto al espíritu, reina la misma independencia del pensamiento; la misma libertad de pensar, la misma desautorización de las autoridades. Nadie inclina el poder y los derechos de su razón, sino delante de las pruebas concluyentes. Los nombres no han podido volver á sentarse en el trono de la filosofía. El dogmatismo autocrático no puede aspirar á esta restauración.»

«Si el siglo no fuera mas hipócrita que el pasado, todavía estallarí con mas generalidad y evidencia ese espíritu independiente. El siglo actual es tan descreído como el XVIII, pero es mas hipócrita. Si algun culto se rinde á la autoridad, sobre todo á la que reinaba en la edad media, es mas por hipocresía que por convicción en muchos. Los pocos que le tributan sincero, forman la escepcion, no la regla del espíritu reinante.»

«En cuanto al método, la análisis no es esclusivamente adoptada; el método de Bacon es mejor comprendido; la síntesis se considera inseparable de la análisis: se empieza por aquella; esta es la victoria del sensualismo moderno; cuyas palmas no se marchitarán jamás; pero se acaba por la síntesis; este es el resultado de la justicia con que la crítica ha señalado los defectos de la escuela de Condillac. La hipótesis no se considera como el mejor medio de investigación, pero no repugna, no se proscribire y se adopta con parsimonia para la resolución de los problemas difíciles.»

«Por último, aquel ahinco de destruir las instituciones de la edad media, que tanto caracteriza al siglo XVIII, ha cesado ya completamente; por lo menos no toda la actividad del siglo actual se emplea en destruir, tambien se emplea en reedificar: los objetos mismos que reciben los golpes del hacha demoleadora, no son todos los que fueron fundados en la edad media; ya son tan solamente los carcómidos, los incompatibles con el progreso, con el presente y con el porvenir.»

«He aquí porque en el siglo actual se ha levantado una escuela eclectica, una escuela que ha tratado de conciliar la sensación con la razón, lo real con lo ideal, la materia con el espíritu. Esta escuela para la cual ha trabajado tanto en el vecino imperio Víctor Cussin, ha procurado hermanar las verdades adquiridas por el sensualismo,

con las que pertenecen de derecho al idealismo y bien podemos afirmar que es la mas generalizada y la que tiene mas poderosos argumentos para sostener la verdad.»

«Si bajo el primer aspecto no ofrece la filosofia del siglo XIX ninguna novedad, mas novedad tal vez que la escuela ecléctica, la que sin embargo no proclama ningun principio nuevo, no hace mas que conciliar el sensualismo y el idealismo en lo que tienen de compatible y armónico; no sucede lo propio respecto del segundo aspecto bajo el cual hemos dicho que debia mirarse la filosofia contemporánea.»

«Desde principios de este siglo se han presentado ciertos filósofos con tendencias muy diferentes de la de los filósofos del siglo XVIII. Reconociendo con estos la legitimidad de su mision destructora; conviniendo en que era necesario y providencial acabar con la edad media, los filósofos á quienes aludo, han venido á pronunciar la palabra *basta de destruccion* y se han ofrecido á reconstruir la sociedad humana sobre otras bases. Esa masa de filósofos es tan característica, tiene rasgos tan diferenciales, que creeria faltar á mi propósito, si no os bosquejase, siquiera sea rápidamente, el espíritu general ó comun de esos filósofos, ya que no las doctrinas de las escuelas que los han fraccionado apenas han aparecido. Ya conocéis que los filósofos á quienes aludo son los *socialistas*.»

«Tres son, señores, las escuelas ó centros principales á que pueden reducirse los diferentes sistemas socialistas de nuestros tiempos: la *sañsimoniana*, la *furrierista* y la *comunista*. No seriamos completos si á estas escuelas no añadiéramos la de *Proudhom* y la de *Krause*. Voy á trazaros rápidamente el caracter general comun de estas escuelas.»

«El rasgo general mas característico de la filosofia socialista es la tendencia á refundir los principios fundamentales de la sociedad humana, dándoles una nueva base y haciendo consistir esta en una nueva determinacion de la idea del *derecho* ó de la *justicia* y en la aplicacion de estas ideas á todos los órdenes de la vida social. Las incesantes conmociones politicas, el escepticismo religioso, la renovacion científica, el desbordamiento y el cinismo de las pasiones y las agitaciones interiores de la industria, son para los filósofos socialistas otras tantas manifestaciones flagrantes de la necesidad urgen-

tísima, apremiante y perentoria que tiene la humanidad de mudar por sus cimientos todas sus instituciones. Esta reforma radical es el empeño común de todos los socialistas.»

»Con alguna diferencia en las formas, todas proclaman la mejora intelectual moral y física de la clase mas numerosa y mas pobre; la abolición del proletariado, última forma de la esclavitud del hombre; la santificación del trabajo, cuya organización demandan como única tabla de salvación en la deshecha tempestad que está la sociedad actual corriendo; se declaran contra la explotación del hombre por el hombre, y para la justificación de sus votos, combaten la propiedad, tal como hasta ahora se ha concebido, considerándola como cimentada en una base inicua, y le oponen el principio de asociación, á beneficio del cual se proponen constituir un nuevo derecho, una política nueva, instituciones y costumbres diametralmente opuestas á las actuales.»

»Por este solo rasgo general ya podeis ver la inmensa diferencia que cabe entre los filósofos socialistas y los que hemos examinado hasta aquí. Si bien es cierto, como lo dice el mismo Proudhon, que el socialismo, semejante al Dios Vichnou, que siempre muere y siempre resucita, se ha presentado ya una infinidad de veces en el decurso de los siglos, notablemente despues de la venida del Mesias, en cuya época fué sostenido por los primeros santos padres; no lo es menos tambien que nunca ha levantado la voz de una manera tan terminante, ni pedido á la sociedad humana reformas tan radicales.»

»Otro de los caracteres mas en relieve que ofrece el socialismo, es la importancia que le merecen las cuestiones económicas, en términos que, siquiera se declaren sus secuaces antagonistas inexorables de los economistas, no dejan de serlo ellos y de dar á su filosofía todo el sabor de la ciencia de la riqueza. Proudhon en una de sus obras manifiesta que la guerra entre los economistas y socialistas es infundada y se esfuerza en conciliarlos, diciendo que la verdad no se encuentra en la exclusion de uno de los contrarios, sino en la absorción recíproca de entrambos. El mismo autor afirma la existencia de la *ciencia económica*, afirma la *certeza absoluta* y el *carácter progresivo* de esta ciencia.»

»Pero es preciso confesarlo; si el socialismo es en realidad una

ciencia económica, también es verdad que alcanza mayor perimetro que la ciencia de los economistas. Yo creo, señores, como uno de los hombres mas célebres de esas escuelas que la ciencia económica, tal como la tratan los socialistas, es la forma objetiva y la realizacion de la metafísica, y por lo tanto así mirada la ciencia económica es á un tiempo una teoría de las ideas, una teología natural, y una psicología.»

»Muy satisfactorio seria para mí tratar ahora individualmente de cada una de estas escuelas socialistas: esponeros los principios de los sansimonianos, de la familia, los de la *atraccion* ó furrieristas y los de la *Comunidad* ó comunistas. Mas me falta el tiempo, señores, y no considero mi posicion con toda la libertad debida para haceros una esposicion crítica de cada una de estas escuelas. Otro tanto debo deciros de *Krausse*, quizás el socialista mas antiguo y del célebre *Proudhom*, de ese escritor paradogico y atrevido, que niega la existencia de Dios y la sostiene como hipótesis necesaria para tratar de la ciencia económica, puesto que el trabajo del hombre es continuacion de la obra de Dios; que combate el socialismo, como le han concebido *Saintsimon*, *Fourrier* y *Cabet*; que pretende conciliar á los economistas y á los socialistas, suponiendo que las luchas estan mas en la forma que en el fondo de la cuestion y que desgarrá el alma diciendo que son puras máscaras la piedad, la dicha, la virtud, la pátria, la religion y el amor»..... «Permitidme que dé por concluida mi tarea respecto de esta filosofía.»

«Solo falta que nos preguntemos ahora ¿cuál es la filosofía predominante? ¿Qué es lo que somos en el siglo XIX? ¿Somos baconianos? ¿Somos cartesianos? ¿Somos partidarios de *Locke*, de *Condillac*, ó lo somos de *Spinosa*, de *Malebranche*? ¿Es *Leibnitz* el que nos dirige ó es *Kant*? ¿Seguimos á *Fichte* ó á *Hume*, á *Schelling*, á *Hegel* y demás filósofos del *yo*; ó bien somos ecléticos con *Coussin*?»

«Y si de esta filosofía especulativa nos vamos á la práctica, á la mas inmediatamente ligada con el fondo y formas de la sociedad humana y nos preguntamos también qué somos, ¿qué contestaremos? ¿Somos socialistas ó individualistas? ¿Es la cartilla de nuestra ciencia práctica la economía política, ó el socialismo? ¿Somos herederos ó desheredados, mayorazgos ó segundones?»



«La contestacion á todas estas preguntas, es análoga. Ni somos lo úno, ni lo otro, lo somos todo y no somos nada. Quiero decir con esto que no hay hoy dia unidad de escuela, ni en las formas, ni en el fondo. No hay uniformidad de concepcion, no hay escuela predominante: reina en el campo de la filosofía la anarquía mas espantosa. A fuerza de aglomerar todos los principios, la ciencia de las ciencias es un caos; á fuerza de hablar todas las lenguas, la ciencia se ha convertido en una torre de Babel.»

.....

---

«Marcus de Bamberg, tiene todavia muchos resabios de ese brunnismo fatal, al que los médicos alemanes han pagado por tanto tiempo tributo hasta en sus mismas modificaciones y reformas. Sin embargo, la doctrina de Marcus ofrece algo que la semeja á la de Brouseais. Cuando este famoso reformador en la última edicion de su exámen, trató en cierto modo de sostener la originalidad de sus ideas, á pesar de que, mientras las iba fecundando con observaciones en Italia por los años de 1808, daba al público las suyas en Alemania por medio de su *Ensayo sobre la terapéutica especial* en 1807, ¿cuántos no serán los puntos de contacto? Sabido es que Brouseais publicó en 1808 su historia sobre las *flegmasias* y su exámen en 1816; fácil seria, pues, que se le achacase el plagio suponiendo que las ideas de Marcus habian dado lugar á la doctrina fisiológica. Esta especie de vindicacion del profesor de Val de Grace, es una prueba de que Marcús era algo muy diferente de sus contemporáneos y antepasados.»

«Marcús conoce el valor de los trabajos y observaciones de los médicos modernos y siente que con aquellos puede regenerarse la medicina. Las obras de Bichat son serio objeto de sus meditaciones, y quiere al fin escogerlas por base de su doctrina. Propónese coordinar con un principio único todas las partes del arte de curar, y habiéndole hecho mas impresion que todos los demás fenómenos morbosos la inflamacion, se declara por ella, la proclama decididamente como la forma, como la naturaleza general de la enfermedad, la ge-

neraliza mas que Pinel y establece que la inflamacion y la calentura, son inseparables y que si la inflamaoion no puede darse sin calentura, con mas razon no puede haber calentura sin inflamacion.»

«Eso es, Breusseais, esclamaría cualquiera que no examine con detencion la teoría de Marcús. Tanto los estudios de Bichat, tanto el principio único, como dar á la inflamacion la soberanía del organismo enfermo son rasgos característicos de la doctrina fisiológica. Sin embargo, no necesitaba Brousseais sincerarse de la nota de plagio que le dirigian por esta razon los envidiosos. Ved algo mas de la doctrina de Marcús y no tardareis en encontrarla no solo tocada del humorismo hipocrático ó mas bien boeraviano, sino tambien de la polaridad. Proclamada la inflamacion como forma y naturaleza de todas las enfermedades, se sigue la proclamacion del plan anti-flogistico; las sangrias y el régimen atemperante, son sus consecuencias lógicas. Hasta aquí Brousseais podría convenir con Marcús, con la diferencia, sin embargo, que aquel está por la sangría local, éste por las generales. Mas Marcús tambien combate la inflamacion con sedantes, con hipostenizantes y una vez lanzado en la via del humorismo todos los medicamentos consignados en las farmacopeas y tenidos como dotados de alguna virtud atenuante, refrigerante, diluyente, etc., pueden ser rehabilitados por la doctrina del profesor de Bamberg... Esto no es Brousseais ni de cien leguas.»

«Añádese á lo dicho y como prueba de que el sistema de Marcús tenia algo de la doctrina *polarista*, que esplica la inflamacion, no por un exceso de irritacion, como el reformador fisiologista, sino por la *alteracion*, del momento eléctrico en las dimensiones del organismo, que son la produccion la irritabilidad y la sensibilidad. Cada dimension tiene tres momentos el magnético, el eléctrico, el químico, etc.

«Despues de Marcus debiera tratar de Samuel Hannheman..... pero contentémonos por ahora con nombrarle en su lugar correspondiente.»

«En Paris se lanza á la palestra un profesor fogoso, de apasionada discusion de arrolladora dialéctica, y atacando á Brown por todos lados le envuelve, le derrota, le hace trizas; sobre sus tristes restos enarbola la bandera de Val de Grace y escribe en la corbata

de esta bandera estas dos mágicas palabras: *Irritacion, gastroenteritis.*»

«La bandera de Brausseais es una bandera negra enarbolada contra el esencialismo de las fiebres, contra la ontología médica, contra el nosologismo, contra la especificidad de las enfermedades. La localizacion de los afectos del cuerpo humano, esbozada en Bonet, mas manifiesta en Morgagni, decididamente establecida en Pinel y Bichat, encuentra en fin en el profesor de Val de Grace el mas osado sostenedor y el defensor mas inspirado y elocuente. Brousseais se emancipa resueltamente de las antiguas tradiciones y proclama en alta voz y sin escepciones la localizacion de los afectos; se declara enemigo irreconciliable de las fiebres esenciales, las califica de entes de razon, de seres imaginarios, y desplegando en su *Exámen* de las doctrinas todo el vigor de la lógica, todo lo disolvente de la crítica y toda la mágia de la discusion apasionada, derriba hasta los cimientos el edificio fantasmagórico de esas entidades patológicas que no solo tienen nombre en las obras de los médicos, sino que segun ellos, existen independientemente de los órganos ó del cuerpo cuyas funciones perturban. La irritacion, nieta de la irritabilidad de Haller, hija de la incitabilidad de Brown, difiere de esta en cuanto fija en ciertos sistemas, en ciertos órganos, en ciertos tejidos la causa que la pone en ejercicio anormal ó morboso, la enfermedad que resulta es local tiene un asiento en ese tejido, en ese órgano, en ese sistema, sin mas enlace ni dependencia con las demás partes del organismo que las que puedan desenvolver las simpatías.

«Las causas de las enfermedades son siempre externas; son agentes de naturaleza irritante que exacerbán, que exaltan la irritacion que inflaman los tejidos, son causas tranmáticas, si es lícito llamar así á los agentes de la higiene mal aplicados al organismo. La enfermedad no es ningun ser aparte, no es ningun ente susceptible de abstraccion real, ninguna realidad distinta del órgano que padece; es un accidente del mismo, un modo de funcionar, un mas ó un menos en la fuerza con que funciona el tejido afecto, la irritacion ó la subirritacion ascendida á inflamacion ó subinflamacion.»

«La incitabilidad de Brow, movida por el agente morboso se manifestaba en sus efectos patológicos en todo el organismo, habia generalidad, habia diatesis. La irritacion de Brousseais, convertida en

inflamacion por el agente irritante, se manifiesta por una enfermedad local, en el órgano, en el tejido que recibe la accion local del agente. La fiebre es siempre un síntoma. Ese calor de que se acompaña la aceleracion del pulso, siempre es signo del incendio que se ha declarado en algun órgano. Hay un tejido inflamado que arroja sus llamaradas á toda la organizacion.»

«Todas las afecciones son iguales, ante la ley fisiológica; no hay mas que inflamacion.»

«Para Brousseais no hay clases, no hay enfermedades especiales; todo es igual en su doctrina, es democrácia pura..... Las enfermedades no tienen mas diferencia que la del sitio; ni aun hay esta tal vez, puesto que la mucosa gástrica é intestinal es siempre la encargada de anunciar al organismo que hay un incendio en alguno de sus órganos. Fuera del mas ó del menos, fuera de la inflamacion y subinflamacion, no hay mas elementos para un trabajo nosológico.»

«¿Los habrá mas para uno terapéutico? No ciertamente. La igualdad de afecciones, la identidad de enfermedades no admite multiplicidad, diversidad de medicamentos. Las farmacopeas, los formularios caducan desde el momento en que caducan las nosologías.»

«Cuando en 1816 el fogoso fundador de la *Doctrina fisiológica* lanzó por primera vez su subversivo *Exámen de las doctrinas* al mundo médico, estaba en plena y pacífica posesion de este mundo al menos por lo que toca á la piretología, el feliz autor de la *nosografia filosófica*.»

«Desde el año 1798, en que salió la primera edicion de este notable monumento científico, la clasificacion de las enfermedades establecida por Pinel fué, como dice Bouillaud el evangelio de la Europa médica. Seis ediciones se agotaron en menos de cuatro lustros. No solo encontraban en ella los profesores una obra que cegaba el vacío inmenso dejado por la antigüedad en este modo sistemático de ordenar los afectos y las calenturas, sino que la consideraban infinitamente superior á los esfuerzos de los Hoffman, de los Boerhave, de los Stoll, de los Sauvages, de los Cullen y de los Brown, á la

sazon entronizado con su famosa dieotomía. Bichat, ese astro fulgurante de la fisiología moderna, ese cometa de esplendorosa atmósfera que, con ser tan rápido su curso, supo arrojar tanta luz sobre la organización humana, vino en apoyo del ciudadano Pinel, aplaudiendo su gran paso hacia la localización de las enfermedades; y no se necesitaba á la verdad otro para extenderse y crecer y abarcar el mundo médico por espacio de una quinta parte de siglo. Bichat se hizo el príncipe de la fisiología y Pinel pudo ser el rey de la patología, porque uno y otro, fieles al espíritu de su siglo, llevaron á las ciencias fisiológicas el método con el que tantos progresos hizo hacer á los físicos la filosofía de Newton.»

«La esenciabilidad de las calenturas, ese dogma secular transmitido por la tradición de teoría en teoría, admitido hasta en la diatesis asténica y esténica de Brown, figuraba todavía en la nosografía filosófica y lo que es peor, tal vez sin la convicción del ilustre autor que la escribió. Traslucíase en efecto, en especial después de las primeras inspiraciones, cierta tendencia en Pinel á declararse contra la esenciabilidad de las calenturas continuas, en razón de la vaguedad que su claro entendimiento observaba en ellas; pero tímido, asustado acaso por los gritos que habían de levantarse contra él; mas atento al presente que al porvenir, cede, al decir de Rostan, en beneficio de un librero especulador, y no solo deja para otros la gloria de hacer una revolución completa en lo tocante á la ontología médica, sino que, débil después con su amor propio, como lo había sido antes con su impresor, publica su última edición, dos años después del *Exámen de las doctrinas*, y se presenta fingiendo una robustez de convicción que ya no podía tener un ánimo sincero, dado á luz aquel exámen.»

«Brousseais no habría tenido tanto éxito sin duda en su lucha contra los pinelistas, sin los ataques previos, sin las victorias de los Prost, de los Laënnec, de los Gariel, de los Petit, de los Serres, de los Corvisart, etc. Prost con su *Medicina ilustrada por la abertura de los cadáveres*, Laënnec con su *Disertación sobre la doctrina de Hipócrates*, Gariel con su tesis contra las doctrinas piretológicas reinantes, Petit y Serres con su *Tratado de la calentura entero-mesenterica*,

Corvisart con su *Ensayo sobre las enfermedades orgánicas del corazón*, Brouseais con su *Historia de las flegmasias crónicas*, etc., habian preparado ya el terreno, donde habia de darse la gran batalla contra la esenciabilidad de las calenturas. Todos esos trabajos se hicieron notables por esa tendencia; de todos ellos se desprendia, cuando no la conviccion, la duda acerca de la dependencia de ciertas fiebres, ya que no de todas, de la flagosis de órganos determinados.»

«Laënnec, ese enemigo de la esenciabilidad ó de la division de las calenturas contra Pinel, es el jefe de una doctrina que establece divisiones, volviendo á dar valor á la esencialidad de las fiebres, que vá á regenerar la nosografia, que vá á formar la terapéutica, Inventor del estetoscopio, autor del método auscultativo aplicado á la cavidad torácica, uno le vé con pena batallando entre un genio inclinado á la localizacion y su amor propio deseoso de luchar contra el jefe de las localizaciones morbosas. ¿Qué fué la auscultacion sino un descubrimiento propio de esas ideas con tendencia á buscar el sitio del mal, sin cuyo conocimiento de nada sirve, decia Bichat, la observacion? ¿Qué iba á hacer Laënnec aplicando el oido ó el estetoscopio á las paredes torácicas para apreciar los ruidos de los pulmones y del corazón? ¿Las ventajas que ese medio de exploracion haya reportado al diagnóstico de las enfermedades del pecho á que conducen, á que se refieren? ¿A la generalizacion ó á la localizacion? ¿Al desarreglo general ó al vicio local?

«Hay mas; Laënnec es el jefe de la escuela anatomo-patológica, que debia haberse fundado por Prost, ya que no por Bonet, por Morgagni ni por Wagler y Roederer.... Sin Brouseais Laënnec no hubiera sido jefe de escuela ó tal vez hubiera sido contra Pinel lo que fué contra Brouseais. Disimulemos esta flaqueza á un grande hombre, tanto mas, cuanto que de ella se ha aprovechado la ciencia. La reaccion, los celos de Laënnec tal vez pusieron coto á las demasias de la doctrina fisiológica.»

» El *anatomismo fisiológico* habia conducido á Brouseais á establecer que todas las enfermedades eran idénticas en su fondo, diversas en la forma; la inflamacion siempre era la misma en su esencia, siempre era la irritacion de los tegidos; las diferencias dimanaban de influencias accesorias... El *anatomismo patológico* condujo Luënnec

á establecer que no hay enfermedad en el cuerpo humano que no sea una afeccion, una lesion primitiva y esencialmente esencial, *sui generis*, debida á gérmenes innatos, muy á menudo de imposible detencion en su desenvolvimiento y marcha destructora. De aquí la restauracion de las clasificaciones; de aquí sobretudo la rehabilitacion de las sustancias medicinales proscritas por la escuela de Valda Grace; de aquí la vuelta de los especificos; de aquí la polifarmacia que otra vez nos amenaza, en especial, á impulsos de la escuela que hemos encontrado en Alemania.»

» Lanzado Laënnec por reaccion, por amor propio en la via de las enfermedades *sui generis* especiales y de los medicamentos especificos, tuvo de lanzarse por necesidad, por lógica, en el empirismo... Y así como Brouseais tuvo discípulos que exageraron la doctrina de su maestro, Laënnec los tiene tambien que, desfigurando sus principios y bastardeando el espíritu filosófico que, desde el canciller Bacon, se ha introducido en las ciencias de hechos; no es tan solo el empirismo lo que alcanzan por resultado, sino el mas deplorable escepticismo.»

» La estadística, esa lógica de comerciante que se ejerce, no juzgando el valor de los hechos, sino contándolos y restando los que abogan en pro ó en contra de tal ó cual método, era inevitable consecuencia de la reaccion de Laënnec: el empirismo de nuestros dias á que nos ha conducido, tiene por aliada la estadística; esa peligrosa operacion que por lo mismo que tiene mucho de matemática, nada mas fácil que nos conduzca al absurdo, por poco que se falseen algunas de sus numerosas bases.»

» Concluamos este rápido bosquejo diciendo: que, hoy, ni el anatomismo fisiológico, ni el patológico, dominan el mundo médico, como no le domina tampoco ninguno de los sistemas que ha engendrado la época anárquica en que vivimos.»

«Una ojeada al campo médico de Europa (y diciendo de Europa podemos decir de todo el mundo civilizado), no nos deja ver ninguna otra escuela que ocupe el lugar negado al contraestimulismo. Hallareis *organicistas* que no ven en la economía mas que órganos, mas que organizacion, y que bajo este punto de vista miran la fisiologia, la patologia y la terapéutica; Rostan los dirige. ¿Mas, que punto

ocupan? ¿Cuál es su pasado, cuál su presente y cuál su porvenir?»

«Al lado de esta fraccion os encontrareis con los *humoristas*; Andral, Gavarrel, Magendie, etc., han publicado obras por las cuales se vé la importancia que, desde Huntér, se ha ido dando á los humores, en especial á la sangre. Los órganos, los sólidos tienen, sí, su importancia concurren á las funciones; tambien enferman, tambien los modifican los medicamentos. Pero la sangre, su constitucion, sus principios les llaman tanto la atencion, que es para ellos una nueva antorcha en el oscuro laberinto etiológico y en el mas oscuro todavia de la naturaleza morbosa de las dolencias.»

«Otros no se hacen notables por su inclinacion á esplicar los fenómenos vitales por medio de alteraciones humorales, sin que por esto no dejen de creer en la vida de los humores. Sólidos y líquidos concurren, segun ellos, en todo acto fisiológico, normal ó anormal. No solamente ven en el cuerpo humano materia con todos sus atributos y propiedades, sino un principio inmaterial que la domina, modifica y rige..... Esta escuela, que ha tratado de formular Guerin, á la que pertenecen Tronseau, Pidoux y otros muchos, lleva el nombre de *ecléctica*. Es la que mas partidarios cuenta en todas partes.»

«Otra fraccion se os presenta salida tal vez de los ecléticos que se proclama empírica y por un abuso de palabras ya que no por una confusion de ideas, *empírico-racional*. Renouard, autor de una de las mejores historias médicas conocidas, es uno de sus mas ardientes sostenedores. Esta escuela pretende armonizar la ciencia con el arte, la teoría con la práctica. No rechaza la anatomia fisiológica y patológica, la química, la física, etc., pero solo las acepta en determinados límites. En terapéutica, ni adopta el lema contraria *contrariis*, ni el *similia similibus*, sino el siguiente: «Combatid las enfermedades por los medios que la experiencia haya demostrado eficaces en otros casos semejantes ó análogos.»

«El profesor Cayol está publicando un periódico para la propagacion de las doctrinas *hipocráticas*. El hipocratismo de Cayol, es como el de la escuela de Montpellier, como el de todos los hipocratistas que ya hemos visto, como el de los ecléticos, como el de los empíricos y como el de todos los que traten de dar realce y prestigio á su tinta doctrinal, abroquelada con esa reputacion secular.»

«Hoy dia, como en los tiempos del mas puro espiritualismo, hay

tambien *vitalistas*. La escuela de Montpellier, que pica de hipocrática, que se considera legítima albacea de la herencia coaca (Berard ha escrito una obra no acabada para probarlo) sigue las huellas del vitalismo de Bartz, originario de Stahl.»

«Al lado de los vitalistas *espirituales* hay otros *químicos*. Bezelius, admite una fuerza vital que preside los actos químicos de los organismos vegetales y animales, pero niega que pase de una modificación de las fuerzas físicas y químicas. Durand, explica la acción del sistema nervioso por la electricidad, los animales y las plantas son pilas eléctricas. Becquerel, Mateucci y otros, esplican por medio de la física y la química, las funciones fisiológicas y patológicas. Liebig, sobretudo, es un vitalista químico decidido. Bourdach y Muller en su fisiología la más justamente célebre de nuestros días, admiten la fuerza vital, pero no están distantes de creer que esta fuerza es una modificación en sus manifestaciones de las fuerzas físicas y químicas.»

«¿Quereis, señores, antes de resumirme en la ojeada histórica con que os he ocupado en mis lecciones, que complete el cuadro, colocando en segundo ó tercer término el *magnetismo animal* que los Mesmer, los Deleusse y otros han tratado de aplicar á la medicina; el sistema humoral emético de *Leroy* que tan frenético entusiasmo ha producido en todo Europa; la *terapéutica hidropática*, que ha introducido en la ciencia Priestnitz, profano en ella; el sistema de *Raspall*, que todo lo esplica por animales microscópicos y lo cura todo con fórmulas alcanforadas; las *píldoras* de Morisson, que ningún hipocondríaco ha dejado de tomar, que no ha dejado de pregonar ninguno de esos benditos que irían hoy cargados de amuletos, cintas y ascapularios, si su credulidad pueril se encontrara bien con ellos, y por último la *medicina química* de Douglas, de ese émulo de Charles Albert y los demás Roberto Macaire, ó Dulcamaras de la ciencia, que llenan los periódicos de anuncios y prospectos asegurando la curación de todas las enfermedades por incurables que sean y garantizando la verdad de sus asertos con más de seis mil curaciones que puede certificar de la manera más auténtica?

Pero; ¿para qué fatigaros más, señores, enumerándoos esa larga letanía de escuelas, siendo escuelas médicas que se cruzan y revuelven en nuestros días como un incomprendible torbellino de concep-

ciones antagonistas? Necesitais por ventura que prosiga empeñado en esa penosa tarea para convenceros de que la medicina actual tiene en su seno la hidra de la anarquía agitando con frenético furor sus cien cabezas por mas que el acha de la lógica, de la esperiencia y del buen sentido las abata? Vuestra conviccion en este punto no puede menos de estar identificada con la mia y siquiera dé por terminado mi bosquejo histórico, no os hace falta ninguna prueba de hecho mas. Contais con todos los argumentos prácticos para sostener estas convicciones.»



